

Dramaturgia del espacio

La antología *Diez obras de fin de siglo* da cuenta del talento del dramaturgo Ramón Griffero, su obra y sus espacios.

La editorial Frontera Sur acaba de editar *Diez obras de fin de siglo*, una nueva antología de obras de Ramón Griffero. El título hace un juego de doble significado: alude a la compañía teatral Fin de Siglo, que creó Ramón Griffero hacia 1984 al regresar de Europa —y que ha sido central en el desarrollo de su dramaturgia— y, por otra parte, a un grupo de obras escritas y estrenadas en los últimos años del siglo pasado, entre 1993 (*Éxtasis o la senda de la santidad*) y 1999 (*Las copas de la ira*), con sólo un texto posterior, *Tus deseos en fragmentos*, que es del año 2003. Además de las obras señaladas, se encuentran otras que permiten comprender mejor el mundo creativo de Griffero, como *Almuerzos de Mediodía o Brunch*, *Sebastopol*, *Río abajo*, *Viva la República*, y tres textos de formato pequeño.

Ramón Griffero es uno de nuestros grandes dramaturgos. Su personalidad artística se proyecta a muy diversos campos de la actividad teatral. Es centralmente dramaturgo, en el sentido de que crea integralmente sus espectáculos, pero también, y quizás con mayor énfasis, es un gran director que ha creado un estilo propio muy característico. Es, además, agudo crítico de la situación

actual del teatro y maestro de nuevas generaciones desde la dirección de una escuela universitaria de teatro.

Si pensamos en el conjunto de su obra, no cabe duda de que pertenece al grupo de autores que emergieron para mostrar su rechazo a la dictadura, pero —a diferencia de quienes se distinguieron principalmente por su compromiso político— Ramón Griffero fue percibido desde el comienzo como un artista superior. En

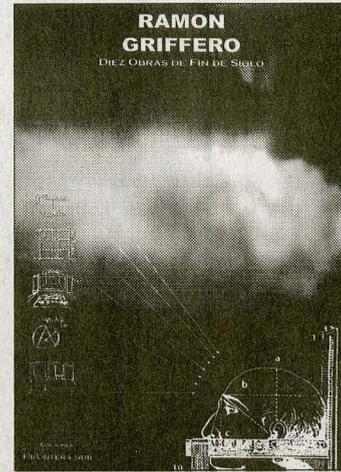
Si pensamos en el conjunto de su obra, no cabe duda de que pertenece al grupo de autores que emergieron para mostrar su rechazo a la dictadura.

un tiempo de tensión social, sus posiciones transgresoras pudieron interpretarse como centralmente políticas pero, en realidad, su público lo seguía en una forma más integral. Al terminar las representaciones en el galpón El Trolley, ubicado cerca de la Estación Mapocho en un lugar impensable para atraer a un público de teatro, la gente no se iba, se quedaba a seguir en una fiesta en la que el clima transgresor se daba en las vestimentas, en las conversaciones, en los grupos que se armaban, y en la efervescencia intelectual que

se respiraba.

Lo que caracteriza la obra de Ramón Griffero es lo que se ha llamado “dramaturgia del espacio”, término que alude a una amplia gama de significaciones. Una de ellas se refiere al inusual empleo de los espacios escénicos. El impacto que logró con *Historias de un galpón abandonado* en 1984 se debió, en gran medida, a la serie de sorpresas que nos fue produciendo a través de la representación. De partida, el lugar elegi-

do fue efectivamente un galpón semiabandonado que ocupó casi completamente como escenario. Una cantidad de objetos heterogéneos —sillas de distintos tipos, camas, mesas— estaban diseminados en ese amplio espacio, que terminaba en un gran ropero de tres cuerpos. Lo que parecía una decoración resultó ser otro espacio escénico del que salían o entraban personajes. Cuando finalmente se abrieron las tres puertas, apareció otro escenario completo. Ese juego de sorpresas con la aparición de nuevos lugares mostró que



Para comprender a Griffero.

había allí una concepción distinta de la representación y del espacio teatral.

Con el tiempo, Ramón Griffero ha ido haciendo más complejo este sistema, hasta llegar a una nueva forma de dramaturgia que se inscribe dentro de una “poética del espacio”. Varias obras de esta nueva antología representan con claridad este procedimiento en que la concepción del espacio es una forma de representar estados de ánimo, características de los personajes o climas necesarios para el desarrollo de la acción. Por eso, lo mejor es que sean dirigidas por el mismo Ramón Griffero y, mientras fue posible contar con su colaboración, que el diseño espacial y escenográfico fuera hecho por Herbert Jonkers, cuya visión

global del diseño escénico era genial.

El primer texto de esta antología es *Tus deseos en fragmentos*, obra que tuvo un gran éxito en su estreno en 2003. El subtítulo que ahora podemos ver en la versión impresa es “Irrupciones conceptuales poéticas de textos para una poética de espacio”, lo que se concreta en un mundo de imágenes plásticas y conceptuales o puntos de realidad que van entregando una percepción paralela a aquella de la acción verbal descrita. La imagen central que articula toda la obra puede comprenderse mejor a partir de uno de los parlamentos iniciales:

“Frente a cada hombre y mujer que me detengo, lo visito como a un museo”. Lo malo es que hubo salas que no recorrió, y que nunca llegó a la exposición principal; vio sólo las transitorias. Todo el desarrollo de la obra es un ir visitando distintas salas de ese museo que son las personas. Cada una es una sala que se visita y se deja. Con dolor o nostalgia dice: “Podría haberme quedado para siempre en alguien, disfrutar de sus detalles, de sus muros... de sus besos eternos”, pero fueron sólo lugares de visita y ahora enfrenta la soledad.

Los tres textos de pequeño formato que cierran la antología son experimentales. Breves sugerencias a partir de una situación bien elegida. En el primero, *La Gorda*, la acotación



AGUSTÍN LETELIER

establece: “El espacio escénico es tanto el espacio interior como exterior de la Gorda, cumplirá esas dos convenciones”. El desafío será forzar la imaginación para construir en el escenario esos espacios mentales. El dramatismo de la obra se centra en el contraste entre la cruda y simple realidad en que se mueve La Pancha y el mundo imaginario en que se sitúa la Gorda, dado que su amor por Jorge —el atlético salvavidas que ella admira— no tiene posibilidades reales de concretarse.

La antología *Diez obras de fin de siglo* nos permite una mejor comprensión de la dramaturgia de Ramón Griffero. Cada obra es un mundo individual y puede captarse en sí misma, sin embargo, es mejor situarlas en el contexto de una trayectoria en que hay constantes y variaciones. La antología se enriquece con un prólogo escrito por Violeta Espinoza Quinlán, investigadora teatral chilena radicada en Francia, quien, con moderna metodología de análisis, interpreta siete de las diez obras y establece lo que llama “la caligrafía inconfundible de Ramón Griffero”.